

Semana Comica

LIT. MIRALLES, UNION 17.

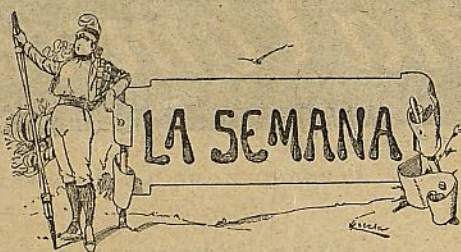
DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.

AUTORES DRAMÁTICOS.



JUAN MOLAS Y CASAS.

*De la terra al sol, no ha habido
quien lograra lo que él logra:
¡pasar una Nit de nuvis
con Una senyora sola!*



No en vano el virtuoso Patriarca, esposo de la Virgen, es un santo que tiene «vara alta.»

El día de San José ha sido declarado festividad de primera clase y la *Gaceta* se ha encargado de publicar en castellano y en latín el breve pontificio en que así se establece.

En dos idiomas, fíjense ustedes.

Es decir, que el Diario oficial se ha hecho lenguas del Santo.

De creer es que el venerable patrón de los carpinteros dejará la vara—símbolo de modesta autoridad municipal—y vestirá desde hoy el uniforme de jefe superior de Administración, que es lo menos que le corresponde por su reciente ascenso.

—Pero no es una fiesta nueva—decía un caballero leyendo el decreto;—aquí se habla de una festividad restablecida.

—Naturalmente; como que antes el día de San José era fiesta nacional.

—¿En qué tiempo?

—Hombre ¡está bien claro! cuando reinaba Pepe Botella.

En este tributo de veneración rendido á San José toman parte todos los católicos.

Los que adoramos al santo por sí mismo, le ofrecemos de ese modo un testimonio de acendrada devoción.

Los que adoran al santo por la peana le dispensan protección cariñosa.

Y ¿cómo no, si el milagro de San José es un juego de niños comparado con los milagros que hacen por acá muchas personas?

El hizo que su vara echase flores.

Y aquí lo que sobran son varas, bastones y fagines, que den, no ya flores, sino frutos ópimos y abundantes.

No sabemos que efecto le producirá á Santiago, patrón de España, el nombramiento de este sub-patrón ó patrón auxiliar.

Pero lo cierto es que si en pasadas épocas de lucha la espada de Santiago fué una poderosa «arma auxiliar» de nuestros soldados, en épocas como la presente, lo que necesitamos es un santo carpintero que calafatee la vieja nave del Estado, que apunte nuestro ruinoso crédito y que dé un repaso á los *Bancos*, *Cajas*, *poltronas* y demás piezas de nuestro deteriorado mueblaje administrativo.

Nada más en los cuerpos colegisladores, tiene el Patriarca tarea para ganarse el cielo otra vez.

Quitar comodidades al banco azul, poner más alta la mesa presidencial, dar una vuelta completa á las escaños—para que los diputados miren al distrito y no al Gobierno—y conseguir, en fin, que la

madera del salón de sesiones no sea una madera para hacer cucharas, tenedores y otros objetos que lleven la comida á la boca... son cosas que solamente puede hacerlas un carpintero, si, además de carpintero, es santo.

Que el venerable esposo de María tendrá predilección por los diputados, no cabe dudarlo por cierta relación de semejanza que le une á ellos.

Al fin y al cabo, San José de Jesús y los diputados de la patria, son padres hasta cierto punto.

Mi enhorabuena á la Asociación Josefina y demás cofradías é institutos religiosos que han aumentado a fuerza de celo y de propaganda, el culto al patrocinio de San José.

El género humano ha de encontrar en él su más esclarecido defensor.

No olvidemos que es carpintero.

Y que nuestra especie purga todavía una falta de Eva.

Que es, casi, casi, una obra de *Eva*... misteria.

Salimos á conflicto monetario por semana.

Aun no nos hemos repuesto del susto que nos produjo la noticia de que el Banco iba á echar á la calle una nueva serie—¡valiente serie...dad!—de aleluyas pagaderas al portador, cuando nos sorprende la nueva de que el oro, el papel y hasta la calderilla han desaparecido de Barcelona, que no se ven por ahí más monedas que las de plata y que esto origina la consiguiente dificultad en las transacciones.

Ya era hora de que la plata dejara de ser un metal mediocre y burgués, nexo incoloro entre los doblones y los perros chicos y grandes.

Cada nación ha tenido su «siglo de oro»; todas juntas han atravesado la «edad de hierro»; la prehistoria nos habla de la «época del cobre», pero la plata infeliz jamás había salido de la esfera cursi de su medianía.

Ahora ya es otra cosa.

La unidad metálica se ha establecido en favor de la moneda argentífera.

Sin esperanza, pues, de cojer un billete, de atrapar un doblón ni aun de conseguir un perro chico, preparémonos á abrazar el *escudo*, á no devolver la *peseta*, á pasar trances más ó menos duros y á dormir sobre nuestros talegos henchidos de reales de vellón, la más esponjosa y blanda de las monedas.

Desistan de su intento los que piensen en emigrar á la República Argentina.

El Río de la Plata vamos á tenerle aquí.

Quien tenga algo que exponer contra el actual estado de cosas, que lo diga francamente.

Es decir, que hable en plata.

Entre tanto, si á falta de pan buenas son tortas, á falta de onzas y doblones, salgan al mercado los realillos y medias pesetas que adornan el cuello de las nodrizas formando espléndidos collares, los escudos de barra que sirven de dijes y alfileres de corbata, los duros antiguos que tienen para puño no pocos bastones...

Si la cuestión de la plata origina un combate, será glorioso.

Una nueva batalla de Platea.

Pero no hay necesidad de llegar á ese extremo.
Búsquese un arreglo y aparezca, en vez del laurel
manchado en sangre, el ramo de oliva precursor de
la paz.

Bien que más á propósito que un ramo de oliva
sería una rama de *plátano*.

LUIS ROYO VILLANOVA.

DESDE GIBRALTAR.

A mis amigos todos y especial-
mente á Pepe Fernandez de la Re-
guera, Pancho Gras y Paco Vallejo,
que fueron mis hermanos.

De mi contraria suerte en los reveses,
nobles triunviros de amistad profunda,
aquí he venido á dar con los *ingleses*;
y es que esa tropa vil, que Dios confunda,
combate aquí por su última esperanza,
como las huestes de Pompeyo en Munda.

Mas, soy de los que imitan á Carranza
y en cuanto oigo que tocan á degüello,
ni el galgo *inglés* más corredor me alcanza.

Por ese lado, pues, ahora resuello
y estoy, así, en el mar, en tierra firme
y en tierra firme con el agua al cuello.

Vida y aliento el mar viene á infundirme,
porque el mar es la vida, amigos míos...
¡y que venga Manrique á desmentirme!

Es verdad: *nuestras vidas son los ríos*...
mas, somos inmortales, si Dios deja
que del mar den en los abismos fríos.

Es respetable su opinión, por vieja,
mas sepa el buen Manrique que me gusta
tirar á todo Jorge de la oreja.

De eso, á lo menos, la opinión injusta
me ha querido tachar y á ello atribuye
lo que otra causa reconoce augusta.

Mas ¿quién del vulgo á la opinión arguye?
¡La calumnia es la araña que renueva
la tela ruin que la verdad destruye!

¡Pobre de aquel que en las entrañas lleva
un gran dolor secreto, acurrucado,
tal como está una víbora en su cueva!

Vosotros, los que más me habeis amado,
vosotros lo sabeis, pero es preciso
echar el corazón crucificado

del vulgo imbécil á los piés sumiso,
para que, como el santo, palpe y crea
en las ocultas liagas que ver quiso.

Mas ¿quién, que amante de sus muertos sea,
levanta el velo azul de un sueño muerto,
para que lo profane la ralea?..

Yo tengo el mío á oscuras, encubierto,
y al borde de su fosa arrodillado,
vela mi corazón, siempre despierto

¡para llamarle en la mañana hermosa
en que, al reclamo de la voz querida,
se alce en feliz resurrección gloriosa!

Porque aún adoro la ilusión perdida
y tengo la esperanza, que me halaga,
de verla alegre recobrar la vida;

pero no, en tanto que el dolor me estraga,
podrá cualquier Santo Tomás salvaje
ponerme el dedo en la secreta llaga...

Con estas y otras penas que me traje,
se me iban olvidando las primeras
breves noticias, que os daré, del viaje.

Tiene el barco en que voy formas severas,
máquinas que devoran el camino
y grandes condiciones marineras,
tocayo, al fin, del inmortal marino
que vió en sueños á América y á flote
sacó al hada del fondo cristalino.

Alojado en mi propio camarote,
viene un pobre señor, de barba cana,
que se parece al Judas Iscariote
que dibujó Escaler en LA SEMANA,
bien que tiene una boca de escotilla
y una nariz de palo de mesana.

Tose mi compañero á maravilla;
va para Cuba, mas *me tose* tanto,
que bien puede irse al cuerno y no á la Antilla.

Presta al pasaje femenino encanto,
en forma de mujer, una paloma,
espíritu al revés del que fué santo...

Me han dicho que es casada, y si no es broma,
yo ¿qué le voy á hacer? ¡buen apetito
y con su pan *el otro* se lo coma!

Mi viejo amigo, el mar, hecho un bendito;
conoce al capitán, que le ha domado,
y refleja sereno el infinito.

A todas horas el rum-rum pesado,
el golpe de la máquina que oprime
los ijares del buque desbocado;

la hélice al casco su latido imprime;
la ola, que al pié del botolón borbota,
como una alondra moribunda gime;

vuela inclinada la gentil gaviota,
á babor vagamente se bosqueja
la costa, á trechos por la niebla rota;

la corredora lánguida se queja
y parece un espíritu cobarde
el humo que se enrosca y que se aleja.

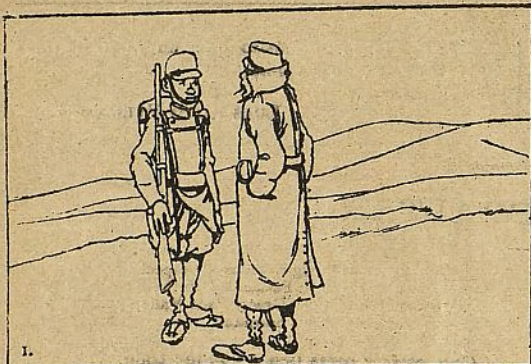
Riza su lomo el mar, verde á la tarde
y negro á la hora triste en que la espuma,
rota en pupilas misteriosas, arde,

al blanco rayo que, al dorar la bruma,
va abriendo paso al disco que le ampara,
como paloma de nevada pluma.

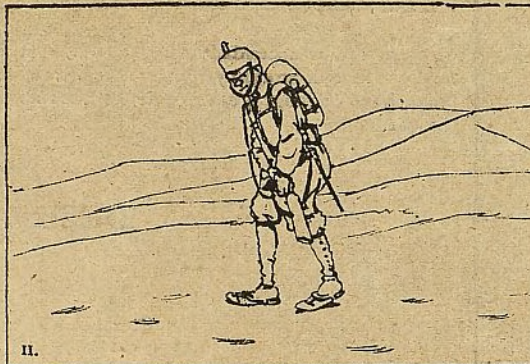
Todo, menos la máquina, se para,
envuelto en sombras... y al volver la aurora,
se azula el mar, la inmensidad se aclara...

Tal fué mi viaje á Gibraltar. Ahora,
en frente estamos del peñón vendido

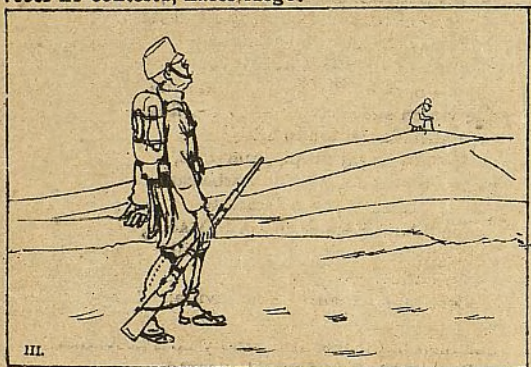
CUMPLIR LA CONSIGNA, por PONS



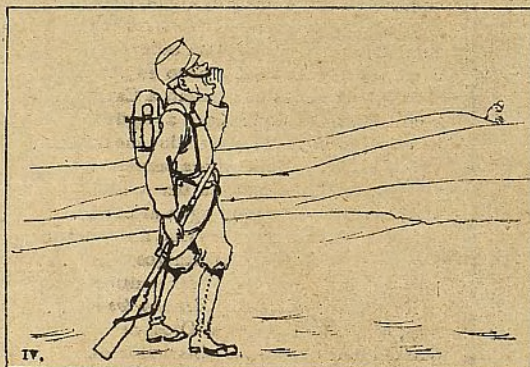
I. —A todo el que pase le das el alto, y si á las tres veces no contesta, haces fuego.



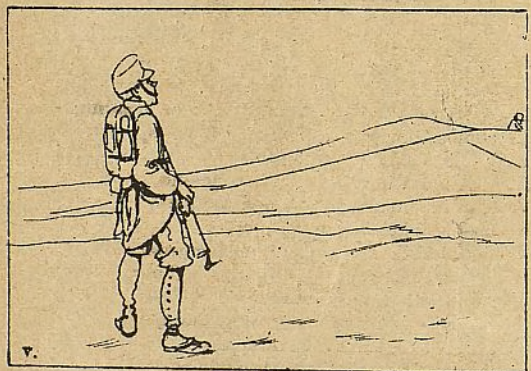
II. —¡Anda, anda! ¡no es frío el que aquí hace!



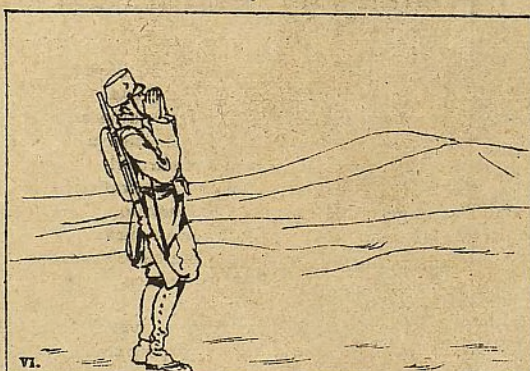
III. —¡Hola! Por allí pasa uno



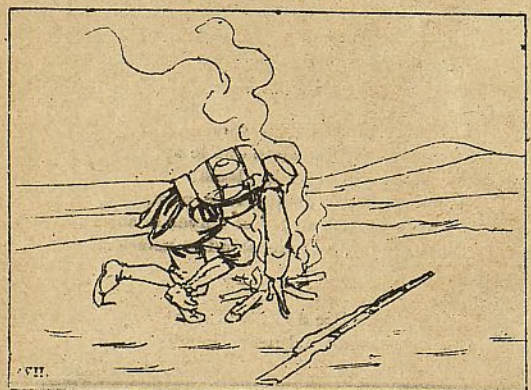
IV. —¡Alto!



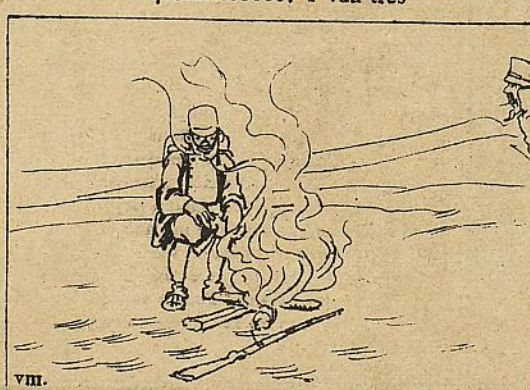
V. —¡Aaaltooo!....



VI. —¡Aaaltooooo! Y van tres

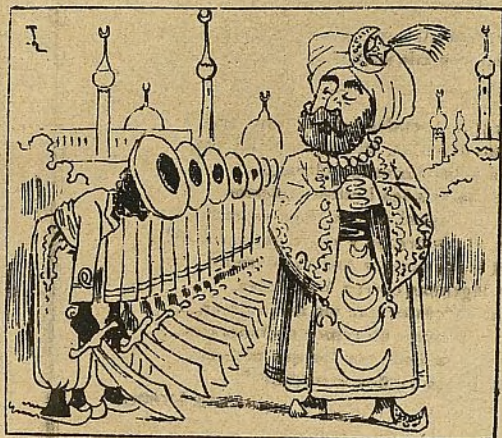


VII. —No ha contestado: luego debo hacer fuego



VIII. Y efectivamente....

ORIENTAL, por MOYA



I.
Hubo un sultán en Stambul
más animal que Barba-Azul.



II.
Había una chica en el Harén
que hacía *monitos* bastante bien.



III.
Y hubo un eunuco que con horror
vió en estos monos á su señor.



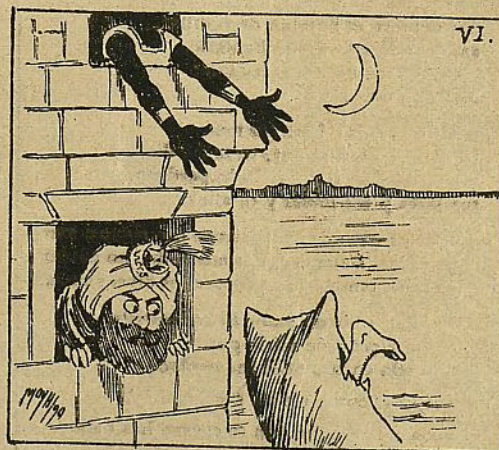
IV.
Pronto el dibujo tuvo Ali-Arán
(este era el nombre de aquel sultán)



V.
Púscese entonces loco, feróz,
juró vengarse de un modo atroz...

MORALEJA

Ya lo habeis visto, señoras mías:
¡No vayais á Sultanes con monerías!



VI.
Y aquella noche, del alminar
fue la culpable lanzada al mar.

cobardamente á la ambición traidora.

Y aún parece que el mar, del sol herido,
lanza un rayo, que envuelve una amenaza,
y está con sangre nuestra enrojecido!

Se abre á la quilla docil y la enlaza...
¡y es que aún conoce su inmortal bandera
este brazo de mar, que nos abraza!

Tiéndose Gibraltar por la ladera
y le recuerda nuestras justas iras,
enfrente del Peñon, Ceuta y tanera.

Formando calles, en rosadas tiras,
heridas por la luz del sol hispano,
se ven brillar las casas de Algeciras.

Del estrecho al umbral, se dan la mano
el mar Tirrene, aprisionado y chico,
y su padre grandioso, el Océano...

Y allá detrás, mi hermosa Puerto-Rico,

altar de amor en cuyas nobles aras
mi ambición y mis sueños sacrifico...

Adios ¡oh, prendas para mí tan caras!
Ya pronto el buque, tras lejanos puertos,
resbalará sobre las ondas claras...

Mas, si salvais los límites inciertos
con que os ataja el mar ¡allá os esperan
mi alma y mis brazos y mi hogar abiertos!

Decid á los amigos que me quieran
que mis lágrimas corren á raudales,
huérfanas del valor que me infundieran...

Que oigo como un rumor de funerales...
¡y que recen á Dios por los que mueran,
víctimas de sus sueños inmortales!

JOSÉ DE DIEGO.

La otoñada de Balaguer

¡Para que vean ustedes qué gente pasa por los ministerios!

¡Este, este Balaguer, ha sido ministro de Ultramar hace poco! ¿Cómo no ha de ir perdiéndose Cuba?

Va.

Pero vamos al *antrax*.

El avispero en cuestión se titula *Hojas sueltas* y son unas hojas ¡ay! desprendidas del árbol de la cabeza, ó viceversa, de don Víctor Balaguer; al cual no cabe confundir con un sastre que hay en la calle de la Cruz, porque este, el ministro, tiene un subtítulo: es de la Academia Española.

Balaguer empieza á desprenderse de sus ilusiones, á soltar la hoja, y comienza así:

¡La mujer!... *Ciertamente* que no existe ni ser más noble ni *virtud* más grande.

Pero, señor exministro con el haber que por clasificación le corresponda ¡la mujer es una *virtud*!

Es toda amor, es toda sacrificio,
ya sea esposa, amiga, amante ó madre.
Así debiera el hombre de rodillas,
así debiera á la mujer hablarle.

Ayer eras un angel todavía;
hoy sólo eres mujer.

(Alude á la cópula) Para ser mía
tu corazón, tu honor, tu fé me diste,
y á un tiempo todo, todo lo perdiste,
tus lares y tus dioses y tu altar.

(En el calor del arrepentimiento que sigue á ciertos actos, el Sr. Balaguer, ensimismado, no advierte que los lares también son dioses: los dioses lares.)

Pero en cielo de amor *tu* convertiste
el rincón de mi hogar.

Violada en tu pudor inmaculado

(Ya ven Vds. como aludía á la cópula.)

tu alma y tu sangre con tu cuerpo has dado
(Aquí no vale subrayar).

al que rasgó tu blanca vestidura.

(Balaguer, que tan claro habla más arriba, debiera saber que la Academia ya tiene lo que Dominquez echaba de menos en ella).

de virgen y vestal.

Por de contado, que don Víctor dice ahí *vestal* lo mismo que hubiera dicho delantal, ó portal, ó canal, etc.

Al que pura te halló, y te dejó impura...

Eso es largo. No cabe en el molde del endecasílabo ese verso. Encójalo Vd., don Víctor, encójalo Vd. Hay que cortarle la sinalefa, que entra ahí muy forzada. No se goce Vd. en mal hora, injusto forzador... (*V. Fr. Luis de León*).

Quizá cruel aunque feliz mortal

Sí, cruel, sí... si abusa de los metros de arte mayor mal medidos.

¡Pero, hijo, qué conversaciones gasta Vd.! ¿Dónde está aquel idealismo tan sano que Vd. usaba el año 64 y después en el 81?

A tí debo...

Aquí enumera don Víctor los bienes parafernales que le debe á la mujer, y sigue:

A tí mis hijos;

(También ella se los debe á Vd., pensando bien)

y si en loco anhelo
surcar deseo el firmamento azul,
las alas que me encumbran hasta el cielo
¡tú me las diste, tú!

Sí; pues dele Vd. alas al *quizá cruel* aunque feliz poeta, y el mejor día, montado en Pegaso, se baja desde el templo de la Gloria á la Hipocrene—si á mano viene.

¡Oh, mujer santa, *devolvete* espero
lo que hiciste por mí!

Basta de matemáticas, don Víctor, basta de matemáticas.

Pagarte quiero,
quiero dejar mi deuda *solventada*.
¡Dale, dale! ¡Cuando le digo á Vd. que basta de
matemática y de partida doble!
¿Qué te puedo yo dar? ¿La vida? Es nada,
es poco (*bonita gradación!*)
...para tí... ¿Cómo pagarte
los grandes sacrificios de tu amor?
¿Qué puedo darte yo?
Nosotros no lo sabemos. En esas intimidaciones
solo está el autorzuelo

¿Qué puedo darte?
Por lo pronto, le está Vd. dando jaqueca. ¡Cui-
dado si es Vd. machacón!

«¡Ah! ya lo sé.»

¡Gracias á Dios! ¿Y qué es ello?

«Yo te daré el dolor.»

¡Ah, Nabucodonosor! ¿con que ese era su se-
creto?

¡Pero este Balaguer está hecho un *fin du siècle*,
como dice doña Emilia que dicen ya hasta los
gatos.

¡Vaya unas descripciones y vaya unas lacerias
psico-físicas que nos *canta* el émulo de Becerra!

Si en lo que antecede quiere verse alguna mali-
cia, yo le diré á Balaguer, imitándole:

¡Tú me la diste, tú!

Otra *hoja suelta* empieza así:

Acuerdaté (agachaté) que me juraste amores
(Y por qué no jurasté?)

Junto á la palma que gallarda crece

De tu balcón al pié

¡Acuerdaté!

Y en muerte lo seré

¡Acuerdaté!...

Tu juramento y fé.

Acuerdaté.

¿Por qué ley de contabilidad métrica cree Bala-
guer que se pueden hacer piés quebrados agu-
dos, así?

¡Acuerdesé el Sr. Balaguer de que es académico!

¡Última hoja!

¿Qué más? ¿qué más? cruzamos la distancias
no en brazos, sino en alas de un volcán...

¡Claro! en *brazos de un volcán* cualquiera cruza
las distancias, pero en alas...

Pero digo yo: la ley de presupuestos y la orde-
nación de pagos ¿no tienen nada que objetar á los
versos de Balaguer? *Vere dignum et justum est* que
un señor así siga cobrando una cesantía?

¡Por fin! don Víctor acaba diciendo:

Hoy los moldes son otros; hoy es fuerza...

Ya lo creo que serán otros los moldes. Con tanto
calor lo toma y tanto fuerza los moldes... que al
cabo se rompen y no hay molde ni vestal que re-
sista...

Síntesis: que si Balaguer sigue cultivando así

Las religiones todas del Ideal,
como él dice en otro verso de once varas... y me-
dia; si sigue siendo tan... gráfico, va á haber que
declararlo «reservado para caballeros.»

CLARIN.

LOS CURSIS (x)

—Vamos, anímense ustedes,
que no están bien esas caras
en un sitio donde hay jóvenes
de poco juicio, caramba.
Aquí hace falta bullicio,
y alegría, y algazara.

—¡Pues que cante la Paquita!

—¡Sí, sí: que cante la Paca!

—¡Pero, por Dios, si no sé!

—¡Jesús, y estamos *cansadas*
de oírlos todos los días
desde el comedor de casa!...

—¡Sí canta divinamente!

—¡Pues ya lo creo que canta!

Como que imita muy bien

á la Patti y á la Pasqua

y tiene ya varios *diplomas*

del Conservatorio...

—¡Cáspita!

—Sólo que con este genio
en seguida se acobarda.

—Vamos, denos usté gusto.

—Mujer, no seas parada,

que todos estos señores

son de mucha confianza.

—Pues claro.

—¡Que cante un *chotis*!

—¡No señor, que cante un *área*!

—¡Paquita, cante usté un poco!

—¡Cante usté un poquito, Paca!

A fuerza de muchos ruegos

decídese la muchacha,

y haciendo una reverencia

sale al centro de la sala,

donde un señor farmacéutico,

que toca muy bien la flauta,

se coloca de antemano

ansioso de acompañarla.

Saca Paquita sus lentes,

porque la enseñó la práctica

que sin lentes, son muy pocas

las niñas cursis que cantan;

tose en diferentes tonos,
hace dos ó tres escalas,
y con todo el aparato
que exigen las circunstancias,
ejecuta, según dicen,
no se qué de la *Traviata*,
y echa por aquella boca
gritos que parten el alma.
Apesar de esto, las gentes
que la escuchan se entusiasman
sin querer, para que vean
que están muy bien educadas,
y dicen cuando la niña
concluye de hacer la plancha:
—¡Bravo!—¡Bien!—¡Qué se repita!

—¡Sublime!—¡Es usté una alhaja!

—¡Qué sentimiento!—¡Qué timbre!

—¡Qué expresión!—¡Y qué gar-

—¡Bien nos ha hecho usté la Patti!

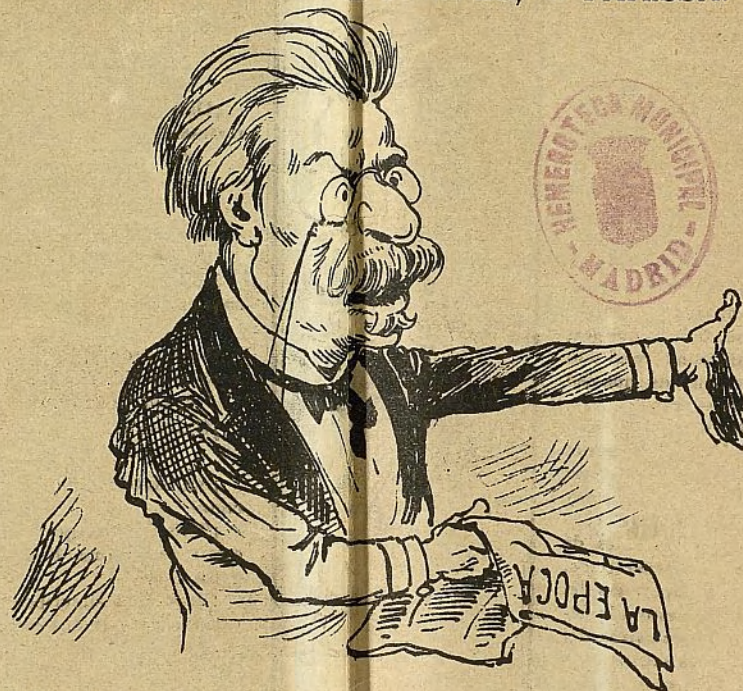
¡Bien nos ha hecho usté la Pasqua!

J. LÓPEZ SILVA.

(x) Del lindísimo libro *Migajas*, recientemente publicado.



1 ¿Qué constituye el colmo de nuestras aspiraciones? ¡La felicidad de la patria!



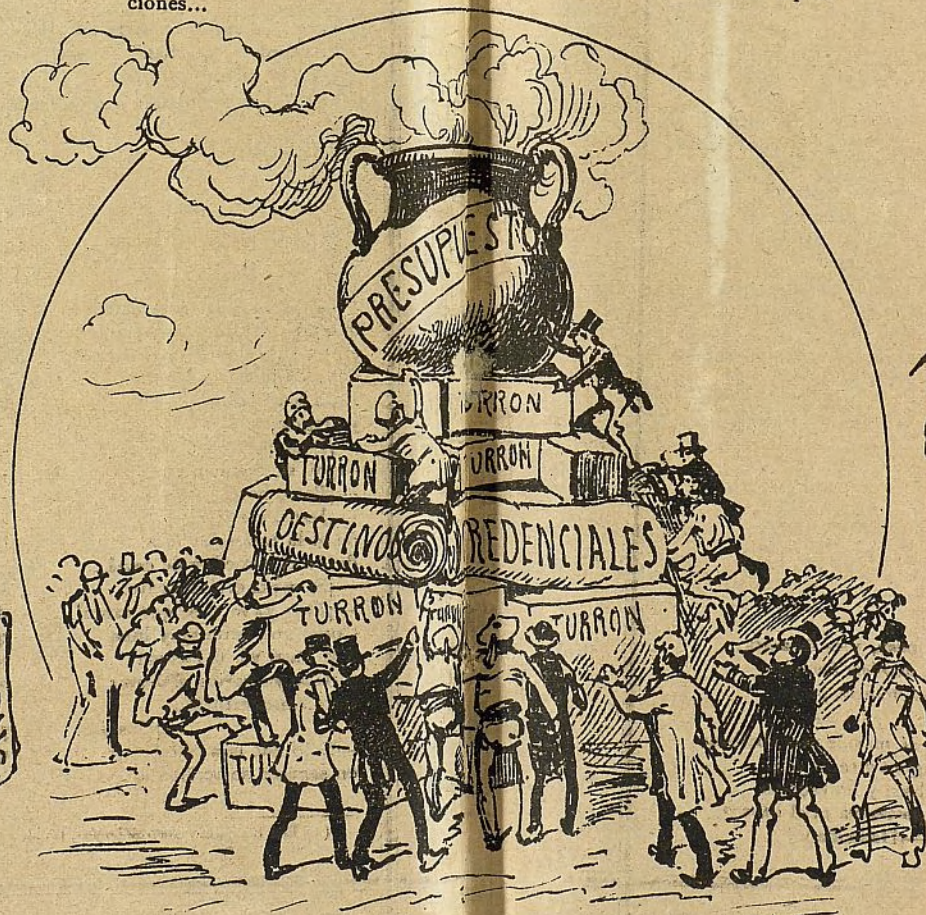
2 Y como la felicidad de la patria constituye el colmo de nuestras aspiraciones...



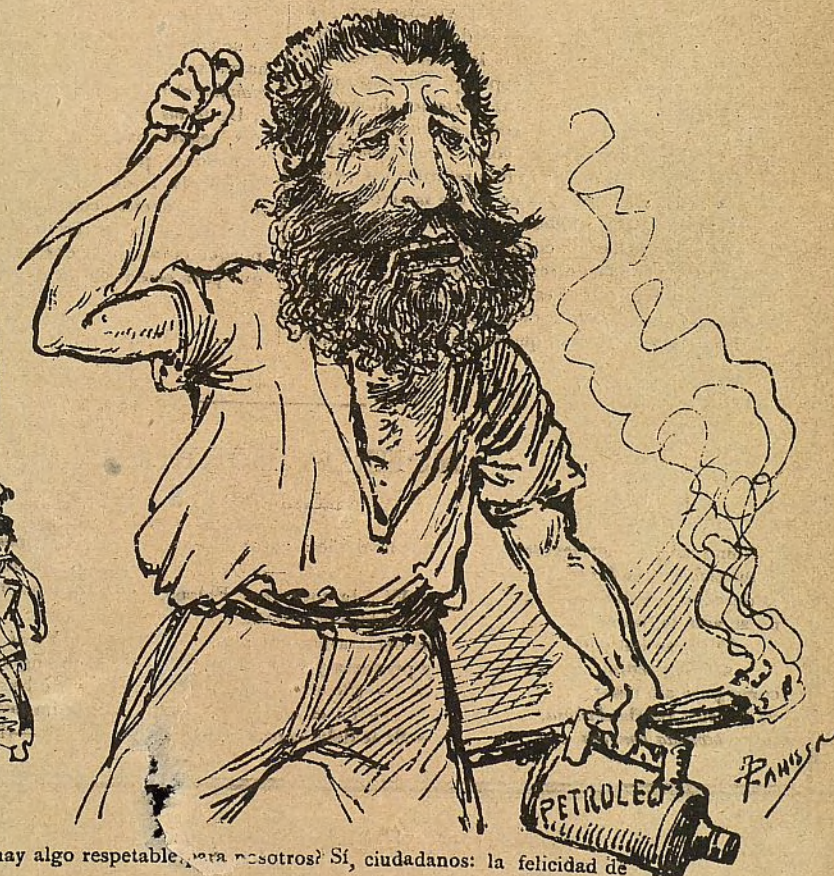
3 Porque el objetivo, el punto cardinal de nuestra doctrina ¿cuál es? La felicidad de la patria.



4 Nada como la felicidad de la patria nos interesa...

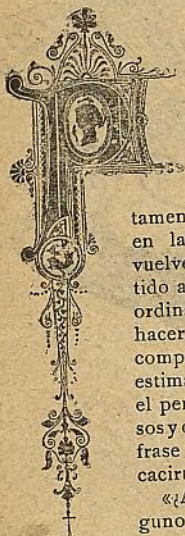


6 ¡Vean Vds., á qué llaman estos señores felicidad de la patria!



5 ¿Que si hay algo respetable para nosotros? Sí, ciudadanos: la felicidad de la patria...

LOS HUMOS DE HUELVA



aréceme que la mayor parte de mis lectores (en la hipótesis, bastante aventurada, de que yo los tuviere) no se acordará á estas horas de los famosos humos de Huelva, y si los saco á colación no es ciertamente á humo de pajas, sinó porque en las esferas gubernamentales se vuelve á discutir sobre tan controvertido asunto y se ha hecho... lo que de ordinario se hace cuando no se quiere hacer nada: nombrar una comisión compuesta por varios caballeros muy estimables, cuyos nombres aparecen en el periódico oficial y en algunos oficiosos y que hacen después lo que, según la frase vulgar, hizo el renombrado Cascaciruelas.

«¿Ahora estamos ahí? preguntará alguno.—¡Pues hemos hecho un pan como unas hostias! Pero ¿no se resolvió ya ese problema difícilísimo cuando era ministro de la Gobernación el Sr. Albareda?»

Sí, señor; se había resuelto, pero como si no. ¡Bah! de esas resoluciones que nada resuelven; de esas leyes que los legisladores mismos infringen; de esas órdenes á cuyo cumplimiento se niegan los mismos que las han dictado, estamos viendo todos los días y no hay razón para maravillarse por tan poca cosa. Ahora se ha nombrado una comisión; esa comisión —aprovechando las vacaciones del Carnaval— ha ido á Huelva; supongo (no hago más que suponerlo) que no habrá visto los humos, ó los habrá visto disfrazados, como corresponde á la época de Carnestolendas; ha comido en el hotel Colón, (esto no lo supongo; lo han referido los periódicos) y se ha vuelto á casa en el día mismo en que dice el sacerdote á los fieles aquello de: «*quia pulvis es... y en polvo te has de convertir*», que para hablar de humos no dejaba de ser un buen día.

Pero lo gracioso del caso, aunque yo no sé si á los vecinos perjudicados por las calcinaciones les habrá hecho gracia (y creo que no se la habrá hecho)

es que la comida en el hotel Colón ha sido un obsequio á los comisionados, costeado por el representante de la sociedad calcinadora.

No diré, ni lo pienso remotamente, que los dignos individuos de la comisión vayan á torcer su opinión por un plato de lentejas... Esto de las lentejas es una frase hecha, por supuesto, porque en el convite del anfitrión onubense, algo más que lentejas se comería; pero, vamos, comiéranselas habichuelas ó faisanes dorados, insisto en que no me pasa por la imaginación que esta solemnidad gastronómica pueda influir mucho, ni poco... ni nada, en la redacción del dictamen, ó de la memoria, ó de lo que sea, que los comisionados den, si lo dan, como resultado de su viaje; no, señores... Pero ¿no creen Vds. que eso del banquete podría suprimirse por si acaso?

Hay gentes maliciosas —¡vaya si las hay!— que dirán esto y lo otro y lo de más allá. Vaya V. á poner coto á la murmuración; tanto costaría poner puertas al campo. Es innegable que entre la parte material y la parte espiritual del ser humano existen relaciones íntimas, muy misteriosas, casi inexplicables, de causas casi desconocidas, pero evidentes por sus efectos. Después de satisfechas las exigencias imperiosas del estómago, hállese el corazón más dispuesto á la benevolencia; las libaciones, aun sin ser excesivas, del Champagne, predisponen el ánimo á las expansiones de la fraternidad y de la confianza... y no quiero seguir por este camino, para que no me tomen ustedes por uno de esos seres suspirantes que, sin ellos notarlos, acaban por ser maldicientes.

Quería yo decir, y no he de quedarme sin decirlo, que lo del banquete en el hotel Colón, me ha parecido... ¿cómo diría yo?... no del todo correcto.

Se entiere, en el caso, que tal vez sea discutido y lo celebrará muy de veras, de que los convidados hayan sido los individuos de la comisión y el convidador el representante de esas sociedades mineras.

De todas suertes, y á pesar de lo muy poco ó nada que, según costumbre tradicional, suelen hacer las comisiones, pareceme que por esta vez, padecerá excepción la regla general, cuando menos para que no pueda decirse con justicia que á los señores comisionados se les ha llenado de humo la cabeza, porque entonces si que habría motivos para repetir que para este viaje no se necesitaban alforjas.

A. SANCHEZ PEREZ.

MONEDA BORROSA

Como sabes, buen lector,
la moneda que es borrosa
se desecha por dudosa,
no se admite, no señor:
Pues, no entiendo
ni comprendo
como pasa sin cesar
en nuestra patria dichosa,
tanta moneda borrosa

que no debiera pasar.

Vá á la corte don Fula
candidato canovista,
se declara fusionista
y prospera y vive ufano.

—¿Se consiente?

—Ya es corriente.

—Se le debe censurar.

Pero, pasa, y es forzoso...
Es un patriota borroso
que no debiera pasar.

Yo sé más de un caballero
que figura y se pasea,
viste bien y no escasea
fortancia ni el dinero.
—¿Hacendado?

—No: casado
con mujer que quiere dar
dicha inmensa al buen esposo....
Pero... es *marido borroso*
que no debiera pasar.

Vóyme al Gobierno Civil
á saber de un expediente;
me recibe el *escribiente*
del modo más incivil.

—¿Está listo?
—Ni lo he visto.
Y me obligan á esperar

y á perder tiempo precioso...
Es un *empleado borroso*
que no debiera pasar.

Y el filántropo rentista
que ha explotado al mundo entero,
y el que un día fué negrero
y hoy se mete á moralista;
los valientes
que, *prudentes*,
se acostumbran á achicar,
y gomosos y gomosos...
¿Qué son? *Monedas borrosas*

que no debieran pasar.

Pues, señor: hablemos claro:
tanta moneda corriente
lisa y falsa, ¿es procedente
que circule sin reparo?

No, señores,
mis lectores,
acabemos de aguantar
tanta plaga perniciosa...
¡Fuera *moneda borrosa*!
¡No la dejemos pasar!

JUAN MOLAS Y CASAS.

EPIGRAMA

Alejo dijo á su esposa:
—Chica, por mi mala estrella,
si despierta eres muy bella,
dormida estás horrorosa.

—Pues es muy extraña cosa;
me admira tal novedad,
(contestóle su mitad)
y en cuanto me duerma, Alejo,

ponme en la cama un espejo;
quiero ver si ello es verdad.

JOSÉ M^a. CODOLOSA

LA MEJOR RECETA

PARA HACER UN HUEVO PASADO POR AGUA



I
Al Sr. D. José Zahonero, á quien no
tengo el honor de conocer, pero á quien
alabo y aplaudo por su ingenio, origi-
nalidad y buen decir y á quien agra-
dezo su benévolo y cariñoso saludo,
que me complazco en devolver.

II
«Todo lo de este mundo, todo, puede
hacerse de dos maneras: bien y mal.
Hasta para fijar un clavo en la pared,
puedes cometer las torpezas siguientes:
Clavarlo en ocasión en que, con el rui-
do, molestes al que no quieras molestar.
Estropear la pared.
Torcer el clavo.
No introducirlo lo necesario para que
pueda sostener lo que en él cuelgues.
Estropearle los dedos con el martillo.
Caer de la silla, de la mesa ó de la es-
calera que probablemente has necesi-
tado.

Etcétera, etcétera, etcétera
Si para fijar *bien* un clavo, has de
poner cuidado á un tiempo en la pared,
en el clavo, en el martillo, en tus dedos,
en tus pies y hasta en los del mueble que
necesitas, calcula ahora cuantas otras co-
sas has de tener en cuenta para escoger
mujer, educar á tus hijos, buscar domi-
cilio conveniente, elegir servidores y po-
der comer y beber satisfaciendo á un
tiempo los caprichos de tu paladar y las
exigencias de tu estómago.»

Yo.

Debes, ante todo, levantarte temprano, porque
hasta la saciedad se ha observado, comprobado y
demostrado que Dios no ayuda al que no madruga.

Por poco que te sea posible, has de vivir en ho-
gar cuyas puertas se abran y se cierren exclusiva-
mente para tí y para los tuyos. Tendrás así mayor
tranquilidad para el trabajo, lo mismo si ganas el
pan devanando sesos, que si te lo has de propor-

cionar á costa de tus sudores y en perjuicio de tus
miembros.

Si eres casado, como temo, ya supongo que ha-
brás sabido escoger esposa que no sea brava, ni ce-
losa, ni soberbia, ni perezosa, ni altanera, ni or-
gullosa, ni liviana, ni envidiosa, ni descocada, ni
rencorosa, ni torpe, ni parlera. No hay para el
hombre sufrimiento más terrible, que tener á diario
verdugo en la mesa y verdugo en el lecho. ¡Cris-
tóbal Colón no dió señales de vida para la humani-
dad hasta que enviudó!

Y aunque Milton fué Milton, á pesar de su mu-
jer, una golondrina no hace verano.

Pero no basta con lo dicho.

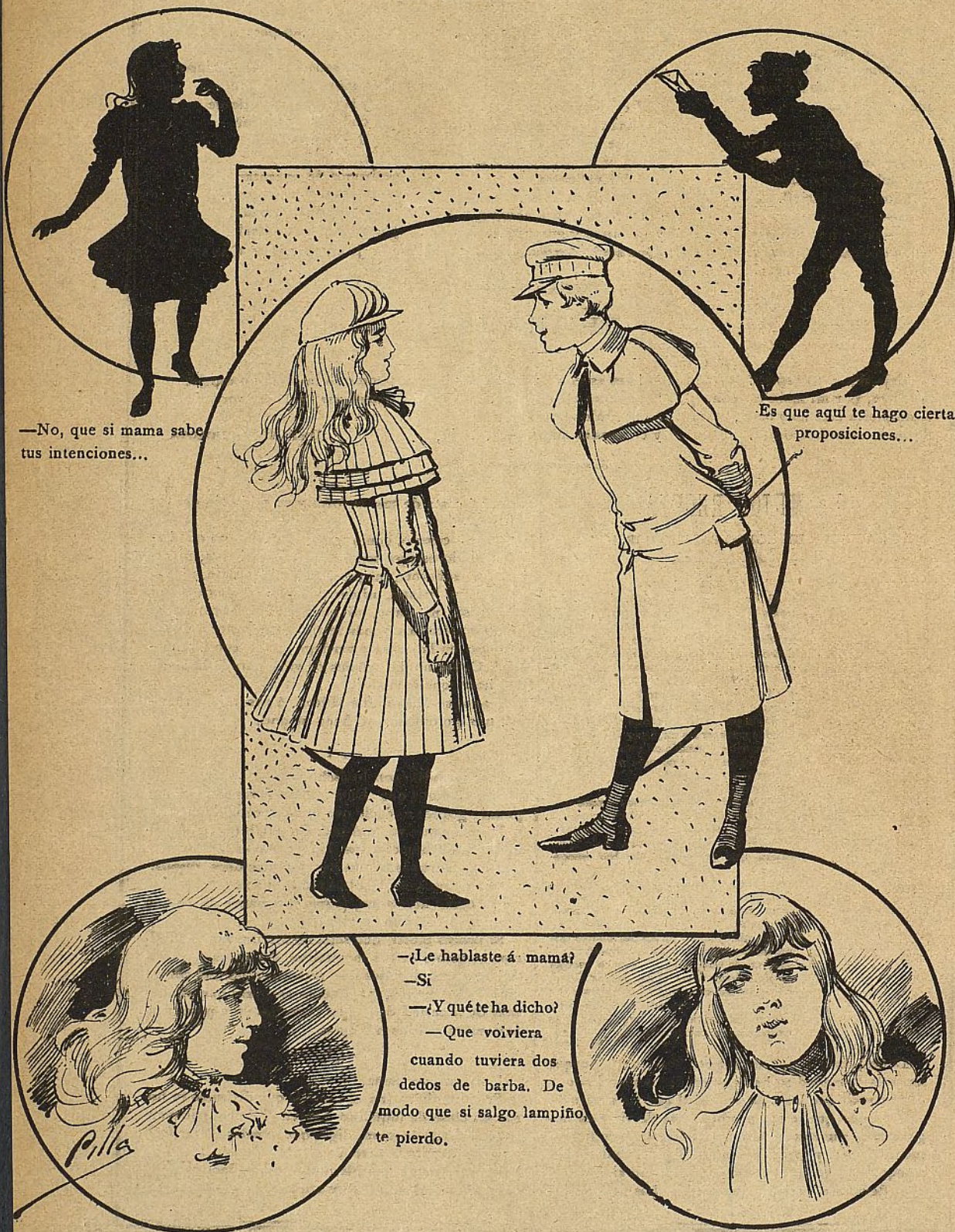
Supongamos que Dios te haya favorecido con el
premio gordo: es decir que te haya cabido en suer-
te la mujer que yo te deseo. Es también indispen-
sable que eduques á tus hijos como es menester y
que los instruyas según sus inclinaciones, disposi-
ciones y aptitudes, y sobre todo, que se quieran en-
tre sí como hermanos, (como hermanos de los que
se quieren con alma y vida).

Si posees mujer que sepa neutralizar con su dul-
zura el acibar de tus inevitables amarguras, y Dios
te ha concedido hijos que sepan centuplicar con su
amor tus alegrías, ya puedes asegurar que reunes
más de la mitad de lo que necesitas para pasar á la
perfección huevos por agua.

Pero esto no basta.

Procura ahora (en el caso de que disfrutes tu ho-
gar en clase de inquilino y no en el de contribuyen-
te territorial) procura, digo, que puedas pagar fácil
y puntualmente tu arrendamiento. Recuerda que no
hay acreedor tan temible ni tan desapiadado como el
casero, ni ley tan cruel y tan injusta como la que

NIÑERIAS, por CILLA

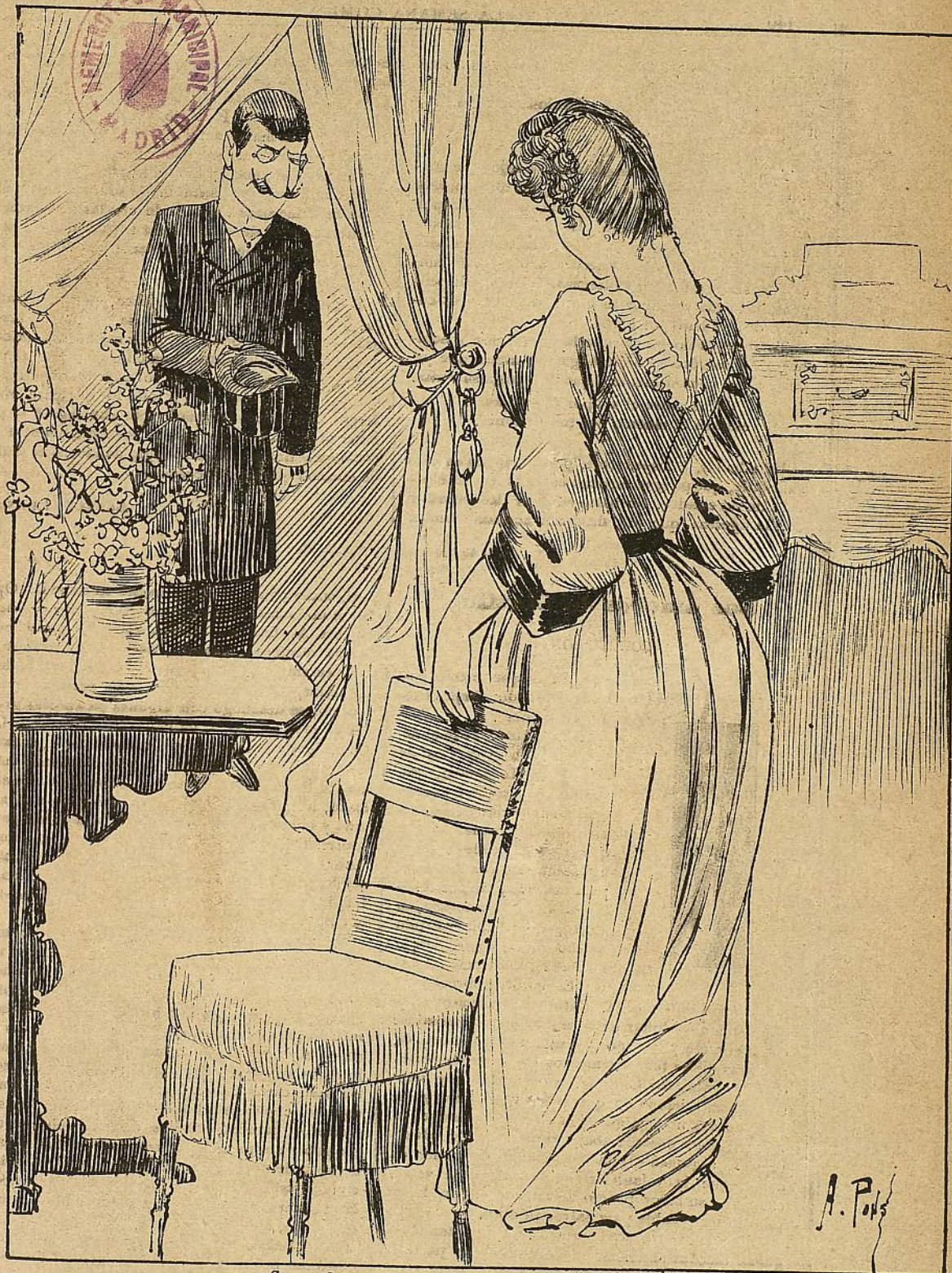


—No, que si mama sabe
tus intenciones...

Es que aqui te hago ciertas
proposiciones...

—¿Le hablaste á mamá?
—Sí
—¿Y qué te ha dicho?
—Que voiviera
cuando tuviera dos
dedos de barba. De
modo que si salgo lampiño,
te pierdo.

EN EL CUARTO DE LA 'TIPLE, por PONS



—¿Se puede?
— Se pudo; pero si usted se empeña... se podrá.

actualmente pesa, como carro de mudanzas, sobre los desheredados inquilinos españoles, y que para uso y abuso de los caseros confeccionó nuestro ilustrado paisano Permanyer (q. e. p. d.)

Tampoco basta que tengas mujer é hijos que partan contigo pesares y alegrías, ni que poseas los elementos indispensables para poder cumplir *militarmente* con tu casero. Es necesario también que haya en tu hogar el oxígeno indispensable para que tus pulmones puedan ejercer á placer sus funciones, sin regateos ni violencias. Ración indispensable: cada veinticuatro horas, doce metros cúbicos de aire puro por barba.

También es necesario que la orientación y desahogada construcción de tu hogar permitan que penetre el sol cómodamente y que sea larga su visita.

Si no entra el sol por tus balcones entrará el médico por tus doblones.

Es, además, indispensable, pero tampoco es esto suficiente, que pongas especial cuidado en la elección de tus criados. No basta adquirir los informes con la ligereza que por desgracia acostumbramos:

es preciso informarse también de las personas que *informan*. Ten presente en todas ocasiones el trágico fin de la incauta Melibea. Consejos y ejemplo de sus castos padres Pleberio y Alisa, nada pudieron contra las malas artes de la pérfida Celestina, que sin ser criada de servicio se introdujo en la casa por encargo del malogrado Calisto.

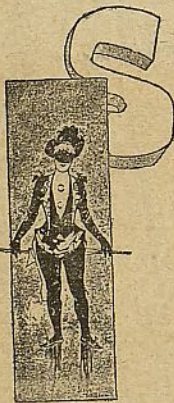
El diablo no está nunca mano sobre mano y dispone de numerosos ejércitos de criadas de servicio, cocineras, amas de cría y hasta fregonas, para perder á la juventud inexperta ardiente y novelera.

Y cuando tengas mujer virtuosa, mansa, recatada, prudente, humilde, hacendosa, mañosa, razonable, sufrida y económica; hijos cariñosos, aplicados, limpios y diligentes; domicilio que puedas pagar con puntualidad; aire y sol para todos, criados que no soborne el diablo y todo lo que para vivir largos años hemos menester, y tu estómago ó tu paladar te pidan huevos pasados por agua, llama á tu cocinera y haz que los disponga, dándoles el punto de cocción que más te cuadre.

ALBERTO LLANAS

Los amores de Clotilde

(CONCLUSION)



Se adivinaba que estaba poseída de miedo. Bajó el telón en silencio.

Al instante poblóse el saloncillo y los pasillos de amigos de Inocencio, que venían presurosos á decirle que la exposición de su drama era lindísima. —¿Pero qué tiene Clotilde?... Apenas semueve en la escena... ¡ella tan viva y tan suelta! — Nuestra amiga confesaba, en efecto, que había sentido mucho miedo y que esto la embarazaba extremadamente. El autor, sobresaltado

por el éxito de su obra, trataba de persuadirla de que debía abandonar todo temor, que se mostrase como ella era y que no pensase para nada en él, mientras dijese los parlamentos. —No puedo remediarlo, contestaba Clotilde, estoy hablando y pienso al mismo tiempo en que eres tú el autor y me imagino que no va á gustar el drama y me asusto. — Inocencio se desesperaba; dirigíale ruegos, advertencias, argumentos; la acariciaba, sin tener en cuenta que le veían; trataba de infundirle valor, excitando su amor propio de artista; en fin, hacía todo lo imaginable para salvar su obra.

Dió comienzo el acto segundo. Clotilde tenía algunas escenas patéticas: al abordarlas se produjo un poco de ruido en el público y esto bastó para que se desconcertase y lo hiciese rematadamente

mal, como nunca lo había hecho en su vida. Oyéronse no pocas toses y fuertes murmullos de impaciencia. Al finalizar el acto, algunos amigos indiscretos quisieron aplaudir, pero el público se les vino encima con un inmenso y aterrador chicheo. El autor, que estaba á mi lado, pálido como un muerto, se desahogó con algunas palabrotas groseras y se fué al cuarto de Pepe, en vez de al de Clotilde, donde sus amiguitos le consolaron, echando la culpa del fracaso á aquella y encendiendo más y más la ira en que rebosaba su corazón. Mientras tanto, nuestra pobre amiga se encontraba muy afectada y abatida, preguntando á cada instante por su Inocencio. Yo, para no afligirla más, le dije que el autor lo había tomado con resignación y se había salido del teatro á respirar un poco el fresco. La infeliz se revolvió contra sí misma, echándose toda la culpa.

Se alzó el telón para el acto tercero: todos acudimos á las cajas con afán. Clotilde se mostró al principio, por un esfuerzo poderoso de la voluntad, más serena que antes: pero ya la gente se encontraba dispuesta á la broma y no valía ningún recurso para ponerla seria. El público, cuando presente el *jaleo*, es lo mismo que una fiera cuando huele la sangre: no hay quien lo ataje, y es necesario darle carne á toda costa. Y la verdad es que en aquella ocasión se cebó de lo lindo; toses, risas, estornudos, patadas, silbidos, de todo hubo. A nuestra pobre amiga se le saltaron las lágrimas y estuvo á punto de desmayarse. Cuando bajó el telón buscó con la vista á su amante, pero había desaparecido. En el cuarto, á donde yo la seguí, gimíó, pateó, se desesperó, se llamó estúpida, dijo que se iba á marchar á una aldea á cuidar gallinas, etc., etc. Me costó mucho trabajo sosegarla, pero al fin lo conseguí; si bien quedó en un gran abatimiento. En la

tristeza que sus ojos revelaban, advertí que le atormentaba horriblemente la desaparición de Inocencio.

La puerta del cuarto se abrió repentinamente: el poeta silbado se presentó: estaba pálido, pero tranquilo al parecer: á primera vista comprendí, no obstante, que aquella tranquilidad era ficticia y que la sonrisa que contraía sus labios tenía mucha semejanza con la de los ajusticiados que quieren morir serenos.

Un relámpago de alegría iluminó el semblante de Clotilde: alzóse velozmente y le echó los brazos al cuello, diciéndole con voz conmovida:

—¡Te he perdido, mi pobre Inocencio, te he perdido!... ¡Qué generoso eres!... Pero mira... yo te juro, por la memoria de mi padre, que te he de quitar de la humillación que acabas de sufrir...

—No hace falta que me desquites, querida—repuso el poeta con tono sosegado, donde se advertía la ira desdenosa.—Mi familia no ha conquistado un nombre ilustre por la intercesión de ningún cómico; renuncio desde ahora, de buen grado, al teatro y á todo lo que con él se relaciona... Con que... hasta la vista.

Y separando nuevamente los brazos que le apasionaban y sonriendo sarcásticamente, retrocedió unos pasos y se fué. Clotilde le miró estupefacta: después se dejó caer desmayada en el diván.

Al verla en tal estado se me encendió la sangre y sali detrás del chico: alcancéle cerca de la escalera y agarrándole por la muñeca, le dije:

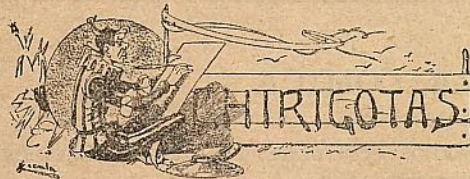
—Oiga V... Lo primero que un hombre debe ser, antes que poeta, es caballero... y V. no lo es... El drama se ha silbado, porque le falta lo mismo que á usted, el corazón... Aquí tiene V. mi targeta.

—¿Y le mandó los padrinos, D. Jerónimo?—preguntó el estudiante del Doctorado.

—¡Silencio, silencio!—exclamó un tertulio—aquí llega Clotilde.

La simpática actriz apareció, efectivamente, en la puerta, y sus grandes y tristes ojos negros, que resaltaban bellamente debajo de la blanca peluca á lo Luís XV, sonrieron con dulzura á sus fieles amigos.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.



Con destino á Puerto Rico, su patria, á donde va á reponer su salud algo quebrantada, salió de Barcelona en el vapor *Cristobal Colón*, el lunes de la semana pasada, el que fué y continuará siendo nuestro queridísimo amigo José de Diego.

En el presente número encontrarán Vdes. su despedida.

Ojalá sea corta su ausencia. Y ojalá podamos volver á ver pronto entre nosotros al estimado compañero de redacción.



El Administrador del teatro del Tívoli, D. José Oriol Molgosa, celebra el lunes su beneficio.

Se representará por última vez el *inagotable* viaje *De la terra al sol*, en que tanto se distingue Colomer.

¡Barceloneses! ¡al beneficio de Molgosa!



Nuestro estimado amigo y colaborador D. Federico Urrecha nos anuncia desde Madrid habernos remitido un ejemplar de su última novela *La estatua*.

Excusado es decir que, debiendo circular por el correo, la novela no ha llegado á nuestras manos.

¡Así permita Dios que al empleado que se ha quedado con ella le salgan tantos granos en la punta de la nariz como letras contenga la obra!

Y ojalá tenga muchísimos millones de letras.



OBRAS RECIBIDAS.— Los Sres. Perrín y Palacios han tenido la amabilidad de remitirnos un ejemplar de su obra *El diamante rosa*, estrenada con éxito tan brillante como merecido en el teatro de la Zarzuela de Madrid, el 25 de Enero de 1890.

Flores silvestres, colección de poesías de D. José Vidal Cardona. Precio del libro en Puerto Rico (que es donde se ha publicado): 2 pesetas.

Migajas, lindísima colección de poesías de D. José López Silva. Como muestra, reproducimos una en el presente número. Léanla ustedes... y compren la obra, que merece ser leída.



D. P.—Barcelona.—¿Pero de veras cree Vd. que esos son endecasílabos?

Ve Ele.—No señor, ¿Lo quiere Vd. más categórico?

H. B.—Madrid.—Pues... para merecer esa honrra, como usted dice, lo primero que hay que hacer es... hacer algo. Y, á juzgar por la muestra, Vd. no hará nunca nada de provecho.

Manolo.—¡Hombre! ¡creer á Apolo

hijo de Talía!

¡Perdona, Manolo,

que no lo sabía!

El tío Cascarrabias.—Si, como valer, el epigrama vale; solo que vale poco.

M. D.—Gracia.—En lo cual se diferencia de la poesía de usted, que no vale nada.

Don Canuto.—¿Qué á dónde irán? ¡Al montón!

Donde va lo que roza! ra...

(Esas décimas son obra

de Don Pedro de Alarcón.)

F. de G.—Cádiz.—¡No, por Dios! ¡Artículos no! Si viera Vd. qué exceso de prosa tenemos...

Señores *Bardo Burdo*, E. B. P., K. *Pirote*, F. de I., *Segismundo*, F. M. F., R. S., *Lechuga Sensible*, E. M. G. y D. P. (Barcelona).—M. M. G. y J. M. (Gracia).—*Betulón* (Badalona).—D. de M. P. (Salamanca).—C. G. de la F. (Madrid).—*Manoplas* (Vigo) y *Pito* (Valencia).—No son publicables. Y... el ruego de siempre: perdonen Vds. que, por falta de espacio, no detalle los motivos.

Quedan muchas cartas sin contestar.

TIPOS, POR ESCALER.



—¿No he de reír? ¡Si dice V. esas cosas!...

LA SEMANA CÓMICA

VERTRALLANS, 3, 1.º

SON COLABORADORES DE ESTE PERIÓDICO LOS MAS CELEBRADOS ESCRITORES Y LOS MAS RENOMBRADOS DIBUJANTES

Precios de suscripción

Barcelona.	1'50 ptas. trimestre.
Provincias	2'50 " " "

EXPENDEDOR EN BARCELONA:

D. JUAN TASSO

Kiosco de la Rambla de las Flores, frente a la calle del Hospital

EXPENDEDOR EN MADRID:

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad Plaza de Santo Domingo